

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, AL RECIBIR EL GRADO
DE DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE WASEDA

TOKIO, 19 de Noviembre de 1992.

CHILE EN UN MUNDO EN CAMBIO

Es para mí un gran honor ser recibido por la mayor universidad de Japón, y es una alta responsabilidad ser distinguido con un grado académico tan prestigioso. Lo agradezco con emoción, en nombre del pueblo de Chile, a quien represento.

Yo fui, como ustedes, un hombre de las aulas. También he sido y sigo siendo un hombre de la política. A la luz de estas dos experiencias, tengo una profunda convicción sobre la vinculación que debe mantenerse entre el mundo de las ideas y el mundo de la acción.

Es en la universidad donde el pensamiento se lleva al límite de sus posibilidades. Es aquí donde la naturaleza y la realidad social son sometidas al análisis para desentrañar su sentido más profundo. Es aquí donde la creatividad humana se desarrolla y se pone al servicio de la acción creadora.

Conocemos el papel que han desempeñado las instituciones de enseñanza en el extraordinario proceso de desarrollo que ha protagonizado Japón durante las últimas décadas. Sentimos una gran admiración por la fecunda relación establecida entre la academia, la empresa y la administración del Estado. Ella ilustra de manera ejemplar el papel de la enseñanza superior en el umbral del siglo XXI.

UN MUNDO EN CAMBIO

El ritmo de la historia se ha acelerado. Vivimos un período de cambios vertiginosos; los muros ideológicos se han derrumbado; en la vieja Europa, una revolución democrática ha liberado a

cientos de millones de ciudadanos; el antiguo imperio soviético se ha desintegrado; Alemania ha vuelto a unificarse; antiguas y admiradas potencias europeas aspiran a fundir sus tradiciones nacionales en el proceso de integración más avanzado del mundo.

En el Golfo, una coalición inédita logró restaurar la soberanía de un pequeño país agredido por una dictadura arrogante; vastas regiones de Asia se han convertido en los polos más dinámicos de la economía mundial; países como Japón están asumiendo nuevas y trascendentes responsabilidades mundiales; el viejo orden bipolar ha sido reemplazado por una realidad multipolar y fluida; la competencia económica está reemplazando a la rivalidad militar.

América Latina no ha permanecido al margen de estos cambios. En nuestra región, el fin de la guerra fría coincidió con un período de profundos cambios internos marcados por el triunfo de la democracia y la apertura de las economías. Al entrar a la década de 1990, la mayoría de los pueblos latinoamericanos viven en democracia y sus mandatarios hemos surgido de elecciones libres.

El cambio político fue acompañado por la reforma económica. Uno tras otro, los países latinoamericanos han emprendido la reestructuración de sus economías. La sustitución de importaciones está siendo reemplazada por el fomento de las exportaciones; los déficits fiscales se están suprimiendo; la inflación se está reduciendo; las restricciones al comercio y a las inversiones extranjeras se han abolido: el estatismo económico está en retirada; la libre empresa y la competitividad constituyen los principios básicos de nuestra vida económica; la actividad privada cuenta con un ambiente estable y propicio para que desarrolle todo su potencial y creatividad.

Pero el hecho más prodigioso de los últimos años en nuestra región ha sido el triunfo de la libertad y de la democracia. El respeto a los derechos humanos se ha convertido en la regla y no en la excepción. La democracia no sólo se ha extendido a casi todos los países de América Latina. También se ha hecho más tolerante. Cada vez hay mayor consenso en torno a los grandes principios que han de regir la vida política y económica de nuestros países. Pese al efecto devastador de la crisis económica de la década de 1980, conocida como la década perdida de América Latina, el populismo y el autoritarismo, sean de izquierda o de derecha, han perdido su poder de atracción en la región.

América Latina vive tiempos de ilusión. Hemos pasado de la década perdida a la década de la esperanza. Estamos dejando atrás las lamentaciones por nuestros males y estamos asumiendo de manera más madura nuestras responsabilidades. No se trata de una mera expresión de deseos. Estamos recuperando altas tasas de crecimiento. Nuestras economías se están transformando. Los

pronósticos de las principales agencias económicas internacionales coinciden en señalar a América Latina, junto al Sudeste Asiático, como las áreas de mayor dinamismo económico durante los años que vienen. Nos estamos incorporando a un sistema económico cada vez más global. Hemos iniciado la reestructuración del Estado. Los vínculos regionales se están fortaleciendo. La integración latinoamericana se está tejiendo mediante una tupida red de acuerdos y de iniciativas concretas en las que Chile también está presente. Viejos conflictos y rivalidades vecinales se rinden ante los valores e intereses compartidos y los imperativos de la interdependencia.

Queda mucho por hacer. En algunos lugares de América Latina, los hombres y las mujeres siguen temiendo a la arbitrariedad del poder y ven ahogada su voz para expresarse. Algunas de nuestras instituciones políticas son insuficientes para enfrentar los retos del siglo que viene. El poder político requiere más cercanía con las inquietudes e intereses del ciudadano común. En nuestras sociedades se manifiestan desigualdades sociales muy profundas con sectores marginados, que están virtualmente excluidos de las bondades de la vida moderna. Las instituciones del Estado necesitan perfeccionamiento; no basta reducir el tamaño del Estado, también hay que hacerlo más eficiente en el cumplimiento de las tareas que siguen siendo de su esencia.

LA DEMOCRACIA CHILENA

Mi país está asumiendo estos desafíos. Chile fue uno de los primeros países latinoamericanos que logró consolidar su unidad nacional y establecer un régimen democrático que desde la primera mitad del siglo pasado se fue extendiendo y profundizando. Por ello el país pudo enfrentar con relativa flexibilidad los principales desafíos económicos y sociales de los tiempos y se insertó progresivamente en el sistema internacional.

Durante la mayor parte de nuestra historia republicana, la democracia reguló nuestra vida nacional, proveyendo el marco político para un importante desarrollo económico y social que nos situó en la vanguardia de la región. Más allá de las naturales diferencias políticas, que como en otras democracias solían vivirse con pasión, había un consenso básico sobre las reglas del juego democrático y la validez de las instituciones políticas.

La vorágine ideológica y las tensiones sociales propias de los años 60 fueron minando ese consenso. La fe democrática cedió el paso al fanatismo y a la soberbia. Cada una de las fuerzas políticas se hizo portadora de su propio proyecto, adoptando actitudes de intransigencia frente a las demás, y se desencadenó un proceso de polarización que en 1973 culminó con el quiebre de nuestra institucionalidad democrática.

Durante el período autoritario, los valores democráticos no perdieron su fuerza ni su enraizamiento en las bases de la sociedad. Desde muy temprano, los ideales democráticos volvieron a expresarse en múltiples sectores. El sufrimiento de miles y miles de ciudadanos que vieron conculcados sus derechos más básicos contribuyó a alumbrar una nueva conciencia nacional en torno al valor de los derechos humanos.

El sufrimiento también enriquece. La dolorosa experiencia vivida nos ha enseñado que la convicción y la pasión políticas deben conciliarse con la tolerancia y el respeto a los derechos de los otros. Nos ha enseñado que es mucho más lo que une a los chilenos que lo que nos separa. Los adversarios de antaño ahora trabajamos juntos en la reconstrucción de nuestra democracia. Nuestra tradición democrática y humanista se ha hecho progresivamente más madura.

Es esta madurez la que explica cómo hemos podido pasar de un régimen autoritario a una convivencia democrática, sin violencia ni sangre, por la vía pacífica. Es esta madurez la que explica que hayamos llegado a derrotar el autoritarismo y reconstruir nuestra democracia dentro del cauce de las instituciones políticas implantadas por el propio régimen autoritario.

El camino de transición democrática escogido por los chilenos no es el de la ruptura y de la confrontación. No queremos transitar por caminos que signifiquen nuevos conflictos ni experiencias traumáticas. Tampoco deseamos arriesgar el desarrollo económico que ha alcanzado el país.

La democracia chilena se construye ahora sobre la base de grandes acuerdos. El primero de estos acuerdos se refiere a la protección de los derechos humanos. Hemos procurado restablecer un orden social participativo en que el respeto de la dignidad de todo ser humano sea la meta de la acción pública. Queremos que cada hombre de nuestra tierra vea con confianza y esperanza en el Estado al promotor del bien común y no con temor y odio al transgresor de sus derechos. Hemos propiciado todos los instrumentos que permitan a los chilenos conocer su historia reciente, por algún tiempo ocultada, sin ánimo de venganza, sino de reconciliación; hemos procurado la reparación de los daños más graves; hemos abierto la puerta para que regresen los que debieron buscar refugio en tierras amigas, pero extrañas; hemos procurado recuperar el sentido de justicia y de confianza en el derecho, y hemos incorporado a nuestro ordenamiento jurídico los principales pactos y convenios internacionales de Derechos Humanos.

Además, conscientes de las injusticias sufridas por los pueblos originarios de nuestro suelo, estamos llevando a cabo programas de desarrollo económico, social y cultural dirigidos a estos pueblos, de una envergadura no conocida, con la más amplia

y plena participación de sus organizaciones.

Agradecidos por la solidaridad que recibimos en momentos de dolor, consideramos un imperativo ético contribuir al perfeccionamiento y la mayor eficacia de los mecanismos internacionales para la protección de los derechos humanos. Tenemos esperanzas de la labor que puede cumplir en este terreno la Conferencia Mundial de Derechos Humanos que se llevará a efecto en el próximo año, y en cuyo éxito estamos empeñados.

NUESTRA ESTRATEGIA DE DESARROLLO

Para los chilenos, el ideal democrático se identifica con la libertad y con la justicia social. Ningún régimen democrático se consolida realmente cuando no es capaz de ofrecer a sus ciudadanos expectativas para el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Consciente de que el mundo cambia aceleradamente y que modelos que pudieron tener utilidad en el pasado han agotado sus posibilidades, Chile ha emprendido una nueva estrategia de desarrollo. Uno de los rasgos centrales de esta estrategia es su orientación hacia los mercados externos. Nuestras exportaciones han crecido sostenidamente durante más de una década. Este año su crecimiento se estima en un 11 por ciento. Nuestro comercio exterior representa ahora más del 35 por ciento de nuestro Producto Interno. Estamos convencidos de que las mejores posibilidades de desarrollo para un país pequeño como Chile radican precisamente en su expansión hacia los mercados externos. Ello nos lleva a ser ardientes defensores del comercio internacional libre y a redoblar los esfuerzos para derribar las barreras proteccionistas.

La economía chilena goza de buena salud. Un profundo proceso de ajuste y de reestructuración ha sentado las bases para un crecimiento sostenido e inédito en nuestra historia reciente. En 1991, el incremento del Producto Interno fue de un 6 por ciento y para este año de 1992 esperamos un crecimiento del orden del 8 por ciento. Hemos logrado reducir la inflación desde un 27,3 por ciento en 1990 a un 13 por ciento para este año. Pensamos que estas cifras no representan un ciclo de crecimiento breve ni un auge pasajero, ya que se dan en el contexto de una economía saneada, en que se han reducido los aranceles, se han eliminado las barreras no arancelarias, se ha alcanzado un superávit fiscal, se ha reducido el endeudamiento externo y se han privatizado empresas públicas.

El fuerte crecimiento de la economía en 1992 ha ido acompañado por un notable incremento de la inversión y la duplicación del ahorro fiscal. Nuestra estabilidad económica ha

sido reconocida por las más importantes agencias internacionales. Las inversiones extranjeras que están llegando al país han alcanzado un nivel sin precedentes en nuestra historia.

Mas, estos logros sólo cobran sentido si implican un mejoramiento sustantivo en las condiciones de vida de la mayoría de los chilenos. La experiencia de países como Japón demuestra que el crecimiento acelerado es compatible con una reducción en las desigualdades sociales. Crecimiento económico y justicia social constituyen dos elementos de una misma ecuación. Sin crecimiento, sólo hay pobreza para repartir. Sin un esfuerzo sostenido en favor de la equidad social, el crecimiento pierde su razón de ser y a la larga se ve amenazado por las tensiones sociales.

Nuestro Gobierno ha logrado importantes avances. Los niveles de empleo han mejorado en términos cuantitativos y cualitativos. La tasa de desocupación proyectada para 1992 será inferior a un 4,5 por ciento, la más baja en los últimos veinte años. El ingreso medio ha crecido significativamente en los últimos años. Sin embargo, nos queda un largo camino por recorrer. Un camino que no sólo depende de la cantidad de recursos que invertimos, sino que también de la calidad de esas inversiones. La lucha contra la pobreza requiere estudios profundos y concretos, en que los organismos especializados, incluyendo las universidades, tienen mucho que aportar. El intercambio internacional de experiencias es igualmente relevante.

Es por ello que el Gobierno de Chile ha propuesto, en el seno de Naciones Unidas, la realización de una Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social para discutir nuevos enfoques en la solución de los problemas socio-económicos del mundo en desarrollo.

Pensamos que nuestro compromiso con el desarrollo y la equidad, que conforman las dos tareas fundamentales de nuestro gobierno, lleva implícita la protección y defensa del medio ambiente. Queremos legar a nuestros herederos un patrimonio ambiental íntegro y sano, en que nuestra vasta riqueza natural sea explotada de manera racional y equilibrada. Este desafío abre nuevas posibilidades para la cooperación internacional, tanto gubernamental como no gubernamental. Japón ha empezado a responder a este desafío y sólo esperamos que nuestras relaciones de cooperación en este campo puedan estrecharse en los próximos años.

EL PAPEL DE JAPON

Sabemos que, en un mundo interdependiente como el que estamos viviendo, la claridad en las metas, el esfuerzo en el trabajo y la seriedad y entusiasmo en la construcción del país son necesarios,

pero no suficientes. Requerimos además de un entorno externo favorable. Un entorno que facilite el acceso de nuestros productos a los grandes mercados mundiales. Un entorno en que los acuerdos regionales sean adoptados como mecanismos para la expansión del comercio y las inversiones y se atengan a la letra y el espíritu de un GATT cada vez más fuerte y efectivo. Chile ve con preocupación el aumento de las medidas proteccionistas que restringen el libre comercio. La imposición de cuotas y las restricciones arancelarias y no arancelarias a nuestros productos inhiben el desarrollo de nuestro país y disminuyen las posibilidades de satisfacer las necesidades básicas de grandes sectores de nuestra población.

Japón desempeña un papel crucial en la lucha contra el proteccionismo en el ámbito mundial. Su contribución a la conclusión de la Ronda Uruguay es decisiva y será especialmente apreciada por países que, como Chile, cifran sus expectativas en la liberalización del comercio mundial.

Para Chile, Japón es también nuestro primer socio comercial en el mundo, una fuente inagotable de nuevas tecnologías, un importante socio financiero y un proveedor creciente de inversiones. Pero además de estos intereses económicos, Japón representa para los chilenos un ejemplo notable de unidad y entereza ante la adversidad. Sabemos por experiencia propia que los caminos hacia la democracia y el desarrollo son singulares e irrepetibles. Pero también sabemos que ellos requieren de ciertos valores. Y el caso de Japón nos enseña las virtudes del trabajo duro y constante, de la fortaleza de la unidad construida en democracia y del inmenso valor de un sistema educacional moderno y eficiente, que tiene en la Universidad de Waseda uno de sus mejores exponentes.

La experiencia de vuestro país, que vivió la tragedia de la destrucción y de la guerra y que se convirtió en pocas décadas en una de las naciones más prósperas y desarrolladas del mundo, tiene para los chilenos un hondo significado.

Es por esta razón que me siento tan honrado por haber podido compartir estas reflexiones con ustedes.

Muchas gracias.

* * * * *

TOKIO, 19 de Noviembre de 1992.

MLS/EMS.